



PROGRAMA 7

En su siguiente par de programas, la OFUNAM concluye su idea medular que conformó buena parte de su Primera Temporada de 2016: Tocar la obra sinfónica principal de Johannes Brahms y la obra concertante de Sergei Rajmaninov que incluyeron, de ambos compositores, las ingeniosas Variaciones sobre un tema de Haydn y la Rapsodia sobre un tema de Paganini, respectivamente. Ahora toca el turno a dos obras que comparten no sólo la ubicación numérica sino otros rasgos de profundidad y genialidad.

EL TERCER CONCIERTO DE RAJMANINOV

Cuando SERGEI RAJMANINOV compone su **Concierto para piano n.º. 3 en re menor opus 30**, ha quedado atrás el conflicto existencial y creativo provocado por el fracaso del estreno de su Primer Concierto y, sobre todo de su Primera Sinfonía (en ambos casos, fracasos ajenos a la belleza y calidad de ambas obras). El conflicto sería resuelto tanto por el tratamiento psicológico al que se sometió el compositor – mezcla de psicoanálisis e hipnotismo- como el éxito que comenzaron sus siguientes obras cuando pudo componer de nuevo.

Para entonces, 1909, Rajmaninov ya era una gran figura de la música, considerado uno de los pianistas más virtuosos e importantes del momento y como sucedió con muchos compositores de la historia, era apreciado y admirado más como intérprete que como creador -basta el ejemplo similar de su paisano y contemporáneo Sergei Prokofiev y el de Gustav Mahler-.

Precisamente, este monumental concierto para piano, de gran extensión y virtuosismo épico, fue compuesto para ser interpretado por el propio Rajmaninov en su primera gira a Estados Unidos, país que visitaría varias veces y en el que finalmente se quedaría a vivir desde 1939 hasta su muerte en Beverly Hills, en 1943.

Después de ser estrenado en noviembre de ese año 1909, con la Sociedad Sinfónica de Nueva York, predecesora de la actual Filarmónica de Nueva York, y bajo la dirección del Walter Damrosch, Rajmaninov tocó de nuevo el **Tercer Concierto** varias semanas después, en enero de 1910, siendo dirigido en esa ocasión nada menos que por Gustav Mahler, quien entonces era el director musical de dicha orquesta.

En un documento, el pianista ruso describía como “una gran experiencia”, haber tocado su obra con quien entonces ya era considerado uno de los mejores directores de la época, si no el mejor (aunque su tiempo como compositor aún no llegaba). Por la trascendencia del acontecimiento, del que lamentablemente no se conservó ningún



registro fonográfico, vale la pena transcribir un fragmento del texto de Rajmaninov y comprobar que algunos genios sí podían entenderse entre sí, cuando había real admiración mutua:

“En esa época, Mahler era el único director a quien yo consideraba merecedor de compararse con Nikisch. Mahler se dedicó al concierto, hasta que el complicado acompañamiento logró perfeccionarse, aunque antes ya había realizado un extenso ensayo de otras obras. Según Mahler, cada detalle de la partitura era importante, una actitud muy rara entre los directores... A pesar de que el ensayo estaba programado para terminar a las 12:30, tocamos y tocamos mucho más allá de esa hora y cuando Mahler anunció que el primer movimiento sería ensayado de nuevo, yo esperaba algunas protestas de los músicos, pero no hubo el menor signo de disgusto. La orquesta tocó el primer movimiento aun con una mayor comprensión del mismo”.

Rajmaninov también prefería tocar más este Concierto que su famosísimo Segundo pues afirmaba que éste era más incómodo de tocarse, no así el Tercero, a pesar de sus legendarias dificultades. Durante varias décadas el **Concierto n° 3** fue considerado casi intocable y sólo hasta que Vladimir Horowitz comenzó a tocarlo y grabarlo en los años treinta, la obra comenzó a inquietar a los pianistas más famosos y superdotados y el Concierto comenzó su camino de gran popularidad. Aun así, a pesar de sus bellos temas, algunos excepcionales como el de la prodigiosa Coda, el **Concierto n° 3** continua a la saga del Segundo, sobre todo por su compleja estructura que impide familiarizarse con él con mayor facilidad. Sin embargo, es imposible no sentirse impactado por sus pasajes del mayor virtuosismo y por su cautivante belleza melódica.

Como comentario final, muchos recordarán la bella película *Shine*, conocida en México como *Claroscuro* -interpretada por el gran Geoffrey Rush- y que narra la vida del pianista David Helfgott, quien entre la presión psicológica que le ejercía su riguroso padre y la obsesión por superar las dificultades que le presentaba, precisamente, lograr tocar este concierto de Rajmaninov, sucumbió ante un serio trastorno mental.

El pianista que en esta ocasión se enfrentará a los retos que Rajmaninov estableció en su **Tercer Concierto para piano** será LUKÁŠ VONDRÁČEK, extraordinario músico checo quien ha sido considerado por la crítica de Stuttgart, “el más grande talento pianístico de nuestro tiempo”, y quien desde su debut a los 14 años (2000) se ha presentado con muchas de las más importantes orquestas internacionales además de ganar el primer lugar en varios concursos entre los que destaca el relevante Concurso Van Cliburn, en 2009.

LA TERCERA SINFONÍA DE BRAHMS

Ya se ha mencionado el gran esfuerzo que le costó a JOHANNES BRAHMS componer su Primera Sinfonía, doloroso proceso creativo que le tomó casi 20 años, básicamente

por su inseguridad para abordar un género en el que Beethoven había compuesto modelos insuperables. Cuando finalmente logró desarrollar sus temas, elaborados y madurados por tanto tiempo, surgió una sinfonía monumental, sin abandonar los preceptos clásicos pero desde una concepción bastante personal.

En cambio, la Segunda Sinfonía la tuvo lista un año después y realmente le tomó dos o tres meses de descanso veraniego para componerla. Y el resultado pareciera demostrarlo por la sus apacibles temas y luminoso y alegre final, que le han ganado el calificativo de “pastoral” y por su claridad y fluidez de desarrollo.

Sin embargo, la siguiente sinfonía fue terminada hasta seis años después y aunque ya no le costó los esfuerzos y conflictos creativos de la Primera, la **Sinfonía n.º. 3 en fa mayor, opus 90** es tal vez la más profunda de su cuatro grandes creaciones del género. (Los valores indiscutibles de la Cuarta Sinfonía, que la convierten para muchos en la mejor de todas, radican más en su novedosa y compleja estructura, tanto la general de la obra, como la interna de cada movimiento).

La **Tercera Sinfonía**, en cambio, es una obra muy singular, plena de melancolía en casi cada momento; comienza con una rotunda vehemencia en su grandioso primer movimiento, para exponer el gran conflicto de la obra; el último movimiento también posee un especial dramatismo en el que pareciera que se resolverá dicho conflicto y terminará triunfalmente, sin embargo, lo hace la obra pero más con resignación que con victoria y más con el sabor de una reposada despedida. Este final ya parece anunciarlo el tercer movimiento, uno de las creaciones más conocidas de Brahms, que se convirtió en un tema inolvidable y favorito del público (de esos que se incluyen con frecuencia en las típicas colecciones discográfica de “Lo mejor de...” y “Los más bellos temas de...”), a pesar de su carácter oscuro y sombrío y de su gran carga de nostalgia y melancolía.

Esta sinfonía requiere de una interpretación que pueda combinar la intensa fuerza dramática de algunos de los temas, la apacible belleza de su Andante central y la sensibilidad necesaria para hacerle justicia a sus momentos introspectivos y evocadores. Seguramente estos elementos estarán presentes en la interpretación que hará la OFUNAM pues tendrá al frente al eminente director serbio BOJAN SUDJIC, quien ya nos ha visitado en varias ocasiones, obteniendo siempre un gran triunfo con el público y con la orquesta (ha sido siempre un perenne candidato a ser un futuro director artístico de la misma).

GLINKA

La mayor relevancia de MIJAIL (Ivanovich) GLINKA es su aportación para la aparición del nacionalismo ruso en la música. Glinka fue el primero que, al menos de una manera notoria e indiscutible, utilizó los ritmos de danza y canciones del folclor ruso, especialmente a través de la ópera, especialmente dos de ellas, *Una vida por el Zar (Ivan Susanín)* y *Ruslan y Ludmila*. Claro que también compuso algunas obras orquestales y de cámara, así como canciones. Su influencia fue muy importante para la creación del famoso *Grupo de los Cinco* (Balakirev, Cui, Borodin, Mussorgski y Rimski-Korsakov), que sería de gran trascendencia para el desarrollo de la música en Rusia. Aunque en el ámbito ruso, la obra de Glinka se interpreta con bastante regularidad y sobre todo, sus dos óperas se representan cada cierto tiempo y el melómano y músico ruso las conoce ampliamente, lo cierto es que en el mundo occidental sólo se conoce bien y se interpreta con bastante frecuencia en conciertos sinfónicos, la obertura de *Ruslán y Ludmila* y cuando la escuchamos se comprende la causa. La pequeña pieza es poseedora de un gran brío y chispa musical, ya que exige un buen virtuosismo orquestal y despierta el interés por conocer la ópera completa, aunque esta experiencia no siempre es la más satisfactoria, por su carácter musical menos vivaz que la obertura, por su larga extensión y el carácter más bien repetitivo y menos espectacular de sus arias, estilo muy diverso al más familiar de la ópera europea en general.

De cualquier manera, esta alegre y divertida obertura es la “botana” ideal para las otras dos grandes obras (para muchos, la mejor de cada uno de sus compositores respectivos) en este maravilloso programa que la OFUNAM interpretará en la SALA NEZAHUALCÓYOTL, el sábado 12 de marzo a las 20:00 horas y el domingo 13 a las 12:00 horas.

LUIS PÉREZ SANTOJA